

Cartas: misantropía y comunicación en los hombres de letras del siglo XVIII. El caso Martín Sarmiento (1695- 1772)

Joaquín Álvarez Barrientos*

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)

Resumen

Se estudia uno de los discursos críticos de la modernidad dieciochesca, que tiene que ver con la comunicación epistolar, ejemplificado con el del misántropo erudito Martín Sarmiento.

Palabras clave

misanthropía - comunicación - cartas - hombres de letras - Martín Sarmiento

***Letters: Misanthropy and Communication in 19th Century
Scholars. Martín Sarmiento's Case (1695-1772)***

Abstract

I study one of the critical discourses of modernity in the eighteenth century, that has to do with epistolary communication. The example is the case of the misanthropic man of letters, Martín Sarmiento.

Keywords

misanthropy - communication - letters - men of letters - Martín Sarmiento.

A la hora de escribir sobre cartas y epístolas, y sobre su función, efectos y consideración, deberíamos tener presente no sólo el soporte sobre el que se escriben, sus autores y receptores, sino también el sistema de comunicaciones de la época en que se escribieron, pues, entre otras cosas, nos dará pistas sobre tonos y apremios en la escritura. Un mapa de las emociones y de su expresión en las cartas debería tener en cuenta estos elementos externos, de importancia capital, pues sitúan en el receptor la llave de la comunicación, y a los implicados en ella en una circunstancia y en un arco temporal determinados, que gradúan la intensidad de la expresión de los contenidos, necesaria también para gestionar las esperas.

La carta sustituye a la conversación del ausente, la rememora, y también funciona como una especie de alegoría, pues hace presente al que no está, con frecuencia aparece como espacio de representación simbólica y como lugar de memoria, y no siempre su escritura es feliz.¹ En el caso de los hombres de letras, esa conversación, además de lo tratado habitualmente en las cartas, versa sobre asuntos relacionados con el oficio de escribir. Esto supone asentar un territorio y una institución, los de la República de las Letras, con la consiguiente producción de presencia, y también producir efectos de sentido en un entorno en el que es necesario explicar y justificar la institución literaria (Gumbrecht).

Con los cambios en los gustos estéticos dieciochescos, la carta conoció un desarrollo mayor del que hasta entonces había tenido. En tanto que género literario, se utilizó en todas las manifestaciones de la escritura creativa y de investigación: en el teatro, en la poesía, en la novela, en el ensayo, en los escritos científicos y humanísticos. Dada la tradición de la epístola en la República de las Letras, para los escritores la carta tenía una virtualidad que no se presentaba

¹ A pesar del título de Claudio Guillén, “La escritura feliz: literatura y epistolaridad”; también Salinas (117-119).

en los otros que escribían, y era la de ser objeto de creación, estético, en el que probar sus capacidades. Por tanto, en su condición de género literario, era un campo para demostrar públicamente sus habilidades. Pero, además, poética o no, para estos hombres de letras del siglo XVIII (ya venía de antes) desempeñó otra función: la de cohesionarlos como grupo.

Otro uso de la carta entre los hombres de letras tiene que ver con la creación de espacios para el debate de la opinión pública. Me refiero a la publicación de cartas dirigidas a los periódicos. Éstas, realmente enviadas por los lectores o falsificadas por los redactores del diario, contribuían a dar movilidad y actualidad a la prensa, tanto como a crear un espacio de debate en el que se implicara a los lectores; si bien su respuesta no fue todo lo extensa que hubiera sido deseable y, a menudo, fue un recurso empleado para dirimir cuestiones literarias —en el amplio sentido que tenía el término en el siglo— entre escritores. Ahora bien, la lectura habitual de cartas en los periódicos acostumbó a los receptores a tener información, ideas y noticias de forma rápida, en cantidades de lectura que no ocupaban demasiado tiempo, lo cual dio pie en la época a criticar que el público no se interesara por los libros y prefiriera formatos más pequeños. Bajo la dosificación de la lectura se ocultaba el debate sobre las formas de influir en la sociedad y reformarla. Pero leer cartas en la prensa también estimulaba a escribirlas y a dar salida pública a las propias ideas.

Carta, sociabilidad y comunicación

El XVIII fue la centuria de la sociabilidad, a la que contribuyeron tertulias, cafés y demás lugares de encuentro público, gracias al desarrollo de la conversación como instrumento para el progreso personal, lo que afianzaba a la opi-

nión pública como uno de los espacios de encuentro de los individuos y contribuía a tejer redes de relación que se basaban en la confianza, la amistad y el secreto. También la carta participó de estas características y en esos procesos. Proporcionaba la posibilidad, en tanto que conversación a distancia, de llevar las redes sociales más lejos de lo que podía llegar la charla en el café, en el salón, en la imprenta o en los corrillos de las plazas. Por eso, para los hombres de letras, significaba la posibilidad de dialogar con colegas lejanos, así como de afianzar una de las características originales de la República Literaria europea. Me refiero a su condición transnacional o transfronteriza. La comunicación epistolar ponía en común la existencia de problemas similares en unos lugares y en otros, relacionaba las mismas necesidades de unos y otros, debatía soluciones posibles a esos problemas, respondía preguntas científicas y servía para debatir cuestiones de pensamiento, además de para ofrecer puestos laborales dentro y fuera de los territorios nacionales.

En el epílogo de la carrera de todo hombre de letras que se preciara, en especial si pertenecía a alguna academia —es decir, en el elogio que se leía en la corporación, pero también en las memorias y biografías que se redactaban— era obligado detenerse sobre el punto de su amplia, variada y erudita correspondencia epistolar con otros miembros de la República, pues ese rasgo dotaba de prestigio al finado; lo mismo que debían detenerse el orador o el biógrafo en su condición de ameno y abundante conversador. Así lo hace, entre muchos otros, Agustín de Montiano cuando lee el elogio de Blas Antonio de Nasarre en 1751 ante la Real Academia Española (Álvarez Barrientos, 2006, 179- 190). Esta forma de literatura del yo (más bien del tú, pues es otro el que habla) profesionalizaba a los hombres de letras y les proporcionaba ritos y modelos en los que mirarse.

Fue la carta, así mismo, un intermediario para di-

fundir el conocimiento, pues se empleó para dar cuenta (y discutir) las novedades en las diferentes materias del árbol de la ciencia. Entre los hombres de ciencias y de letras se utilizó para pedir datos y favores, comunicar investigaciones y dudas, así como para confirmar resultados. Igualmente servía para discutir propuestas; de hecho, a las academias y sociedades científicas llegaban no pocas epístolas con ideas, observaciones, planes, etc., que las corporaciones discutían. Y no pocas veces, como resultado de esas comunicaciones, se nombraba como académico correspondiente a su autor. Gracias a las cartas, las noticias científicas y culturales recorrían el territorio sabio, y las novedades y los debates llegaban más allá de lo que suponemos, al ser leídas, copiadas y traducidas una y otra vez. Esto supone una red de comunicación epistolar y un buen sistema de correos, tanto como una fuerte vocación por saber. La carta fue, por tanto, un espacio y un medio de intercambio de pensamiento y de ofertas de trabajo, y un instrumento que consolidaba la estructura de la República Literaria junto a otros, como los periódicos y aquellas instituciones que se repiten en los diferentes países y agrupan a los intelectuales para asentarlos en el espacio social y darles visibilidad. Pero también, ampliaba la propia red de correspondientes, porque era frecuente, en la correspondencia entre hombres de letras, que la carta no fuera exclusivamente dirigida a un solo destinatario, sino que se leyera en su círculo de sociabilidad, como ya se apuntó (Mestre).

Carta y misantropía. El caso Martín Sarmiento

El incremento del intercambio epistolar da cuenta de un proyecto más amplio, basado en la amistad y la confianza, en compartir una serie de valores que tienen que ver con las ideas de mejora y perfectibilidad que la Ilustración difundió de forma oral y escrita. Recuérdese cómo funciona el valor

de la amistad en la época y cuánta literatura hay al respecto. Ahora bien, este discurso del consenso, de la colaboración y de la participación, no acalló la desconfianza de algunos sobre esos procesos civilizadores, que dieron a conocer mediante su crítica de las modernas formas de relación y sociabilidad: tertulias, visitas y la correspondencia. Se daba continuidad, aunque renovada, a una forma de misantropía más o menos explícita y beligerante, más o menos moderada, y a discursos que mostraban el sentimiento de desconfianza de no pocos en la modernidad, que no se acallaron ni en los momentos de mayor exaltación y creencia en el programa ilustrado. Movimiento contrario al discurso político dominante, que disgregaba y segmentaba el cuerpo social (Rodríguez de la Flor).

Una de las voces disidentes más representativas de esta tendencia es la del benedictino Martín Sarmiento, que en muchos escritos propios y por testimonios ajenos aparece instalado en su utopía de soledad y aislamiento de la sociedad civil. No en vano, como se verá después, se reconoce en su sueño de vivir en un desierto, sin visitas ni cartas. Este pensamiento tradicional, que continúa en el XVIII, se encuadra en el escepticismo filosófico más estricto (Puy; Stroud).

Seguramente, una de las mejores defensas de esta misantropía, que respeta al hombre en sentido abstracto pero prefiere no tener trato con él en su casuística cotidiana, y desarrolla las implicaciones políticas y morales, tanto de la misantropía como de la filantropía, es el libro *Molestias del trato humano*, escrito en 1745 por el también benedictino Juan Crisóstomo Olóriz, y reeditado en 1788, que se centra más en las visitas y tertulias que en la comunicación epistolar, pero que está en la línea que defendió Sarmiento unos años después (Álvarez Barrientos 2006: 58-67; Rodríguez de la Flor: 50-60). Esta condición misantrópica es la que, a menudo, lo lleva a evitar determinados contactos, pues se encuentra en una relación con el mundo de carácter crítico y polémico que,

a su vez y con frecuencia, le hace reflexionar sobre lo que está alrededor y sobre las nuevas prácticas de sociabilidad, alistado en las filas de Olóriz, Torres Villarroel y Quevedo. Es cierto, por otro lado, que la orden benedictina favorecía la experiencia de la individualización máxima, resumiendo el trato de unos monjes con otros a sólo el canto y el rezo (Rodríguez de la Flor: 35). Por eso, quizá, los textos de Olóriz y de Sarmiento sean el resultado de colocar en un entorno que favorecía el aislamiento a personalidades proclives a la melancolía y a la soledad, pues todo lo contrario sucedió con el mediático y público publicista Benito Jerónimo Feijoo, también benedictino, como se sabe.

Martín Sarmiento (1695-1772) fue un polígrafo famoso en su tiempo por su erudición, amplia y variada, tanto como por su carácter, para muchos atrabiliario, misántropo y huidizo. Durante los reinados de Felipe V y Fernando VI fue consejero muchas veces consultado por reyes, ministros y curiosos acerca de los asuntos más dispares: comunicaciones, transportes, adornos del Palacio Real, botánica, geografía, lexicografía, educación, lectura, biblioteconomía, etc. Responsable de una extensísima obra y de un enorme *corpus* de cartas, dio, sin embargo, pocas páginas a las prensas, lo que hizo que muchos se preguntaran por qué no imprimía sus trabajos, si era tan sabio.

La fama de raro y la acusación de no publicar —es decir, de no colaborar en la ilustración de la sociedad— le llevaron a escribir un opúsculo que permaneció inédito, titulado *El porque sí y porque no*, fechado entre 1758 y 1759, no tanto para defenderse, cuanto para explicarse y contribuir más a hablar de sí mismo, algo que hace con suma frecuencia en sus escritos (Sarmiento 1988). El texto es de gran interés para conocer la psicología del personaje y las formas de sociabilidad de los escritores en el Madrid del medio siglo XVIII; en especial, por lo que se refiere a las conversaciones y a las cartas,

ya que reflexiona sobre ellas desde su experiencia de hombre que escribe mucho y al que le escriben mucho, como sabio al que se consulta, y que, por tanto, lleva una fortuna gastada en cartas. Como indica, podría haberse comprado muchos libros, si no hubiera tenido que pagar tantas misivas.

Gran parte de lo que escribe acerca de sí mismo tiene que ver con sus relaciones con el entorno y con lo que los demás piensan de él. En cierto modo, *El porque sí y porque no* es una reflexión acerca de los inconvenientes de la condición sociable de los individuos y de la suya propia, además de una teoría y defensa del retiro y la reserva. Su sinceridad es la que le hace ser poco sociable –“no sé hablar sino como pienso: por eso debo vivir tan retirado del mundo” (29)–, y su trabajo y curiosidad le llevan a valorar el tiempo y a rechazar a los que se lo hacen perder, condición y actitudes que le otorgan la índole de misántropo.

La reserva y gusto por el retiro social (no por la falta de comunicación con sus amigos) se explica bien por su tendencia a la soledad y su rechazo general del trato humano; su negativa a que se publicase su correspondencia, además de por esa predisposición natural, pudo tener una motivación concreta (un agravante, si se quiere) en lo que algunos impugnadores de Feijoo hicieron en 1731 con varias de sus cartas privadas: las publicaron sin su permiso.

Su interpretación de las relaciones sociales y también de las epistolares se enmarca en sus comentarios sobre la nueva urbanidad, que rechaza en términos generales, porque la entiende, en línea con Olóriz, como una forma de falsedad y disimulo, en beneficio de las maneras antiguas, que ve más auténticas:

...es peste de esa sociedad dar un no por sí y un sí por no; pues en eso consiste la mentira, falsedad, felonía, traición, alevosía, engaño, embuste e impostura [...].

Aquellas y otras semejantes acciones de cruel alevosía, son consecuencias del lenguaje político y escogidas frases de su retórica. Pésima es la crueldad; pero más pésima es cuando la precede la alevosía de boca para cumplir con la moda de la cortesía y urbanidad; que así la llaman, siendo en el fondo una refinada perversidad del corazón (31-32).

Esta defensa de los valores “auténticos”, frente a la hipocresía moderna, que reinterpreta los viejos conceptos hasta hacerlos significar otra cosa –según su opinión–, ampara su manera de ser. Sarmiento, que acepta la cortesía, la urbanidad, la buena educación, en tanto que “un más racional primor del trato y comunicación de los hombres [...] en la sociedad humana para hacerla más apetecible”, rechaza sus formas modernas de manifestación, al verlas como maneras del engaño (32) y retóricas de la envidia y la necedad (34). Su elogio de la misantropía y el individualismo nace del respeto al otro y a sí mismo y a valores como la amistad, el trabajo y la curiosidad, que satisface, según el tópico horaciano, en los libros y con los cuatro amigos que le visitan en su celda. Al ser considerado un asocial, se le atribuyen también ciertas conductas y actitudes de rechazo y defensa:

Que no visito a nadie; que cierro la puerta a toda visita; que si admito alguna, no la pago; que no salgo de casa, ni aun de la celda; que rarísima vez se me ve o en la calle o en el campo; que no recibo cartas; que si las recibo, las más no las abro; y a las más de las que leo no respondo, o si respondo, que es con tanta sequedad que se quitan las ganas de repetir; que a veces devuelvo las cartas cerradas con sobrescrito al que las escribió (34).

Tras hacer un análisis de la sociabilidad en tertulias, plazuelas, corrillos, paseos, estrados, comedias, toros, taber-

nas y figones (48), desde la perspectiva de la conversación y de quienes socializan: “pelucas, golillas, corbatas, espadas, bonetes, capillas, gabanes y polainas” (48-49); tras defender su derecho a ser como es –“déjenme con mi genio, mi retiro y mi conducta” (46)–, pues ha experimentado en cabeza propia y ajena y ha decidido “abrazar el extremo de no salir de casa y el de huir de todo comercio de Corte” (53), se centra en la comunicación epistolar y lleva a cabo una especie de teoría de la misma.

Una teoría de la comunicación epistolar

Sus ideas sobre la comunicación epistolar van en consonancia con lo señalado acerca de las visitas y de la relación del individuo con el entorno social. Son reflexiones sobre las formas modernas de sociabilidad y sobre cómo algunos simplifican esas formas o las convierten en modos de manipulación. Si estaba en contra de la pérdida de tiempo y de ocultar la maledicencia e hipocresía tras los nuevos modos de sociabilidad, también está en contra de que las cartas se empleen de modo fraudulento para invadir la intimidad de las personas y empobrecerlas –“Es infinito, respecto de mi pobreza, el dinero que me han hecho malbaratar las cartas” (70)–, pero no rechaza ese medio en sí mismo, a pesar de que “las cartas son muy semejantes a las visitas, pues son unas visitas por el correo [...], lo que más lloro es el infinito tiempo que he perdido en responder a ellas. Tengo existentes todas cuantas he recibido desde el año [1]725” (70).

La explicación de Sarmiento, desde el aspecto superficial, remite a un mundo de usos fraudulentos de las cartas en la época, y a cómo valerse de ellas para alcanzar fines deshonorosos. Por un lado están los timadores, “petardistas” que en Correos se enteran de las letras que llegan y se las arreglan para cobrarlas (66); por otro, aquellos que se quieren hacer

con la firma del autor, es decir, con lo que esa firma supone y avala, con su prestigio y nombre, para falsear una carta y una petición. Son párrafos en los que destaca la importancia de la fama y del nombre propios, que es lo más personal que tiene el individuo, y en las que revela un Madrid lleno de hampones, no sólo literarios, que sobreviven en la picaresca. Por otra parte están los que escriben cualquier cosa y se la hacen llegar por correo, sin conocerle, para que les diga su parecer y luego, sin aviso, poner esas páginas como pórtico de su publicación; lo cual es apropiación indebida, para lo que hay que estar atento y no dejarse llevar de la vanidad. Otros, mediante carta, “fingiendo nombre, título y empleo”, le han querido engañar “recogiendo mi respuesta a sus solapadas preguntas [...]. Toda esta cautela es precisa en materia de cartas, cuando son de entes desconocidos, y aun de los conocidos, si no se conoce la firma y letra”. Por esa razón tiene “un montón de cartas cerradas”, que no abrió porque desconfiaba de la letra (72).

Por lo que toca al aspecto interno, muchas de las que dice haber recibido, tanto de conocidos como de extraños, se reducen a peticiones de favores y apadrinamientos, que rechaza porque nunca ha pedido nada para sí ni lo hará para los demás.

También considera un gasto innecesario que se le hagan consultas literarias mediante cartas, cuando lo pueden hacer por esquila dirigida a un corresponsal que conozcan los dos y él contestará en esa misma esquila, con lo que se ahorran dos misivas. “Si la pregunta es tal que yo pueda responder, vivan seguros todos, sean conocidos o desconocidos, que responderé, y con gusto. De esto podría referir ejemplares. Si la pregunta es tal, a la que no sepa responder, lo diré. Y si fuese tal que por solapada o por espinosa no merezca mi respuesta, o no responderé o echaré a pasear al preguntante” (74).

Desde su punto de vista, todo eso es superfluo y malintencionado; formas de degradar el uso epistolar. Por eso escribió a José Antonio Armona, el 15 de mayo de 1761, que “lo mejor de las cartas es no escribirlas” (Álvarez Barrientos 1987: 212), porque para él, escribirlas es hablar con un amigo, lo cual está justificado cuando el asunto o las circunstancias así lo piden, no cuando lo dicta el capricho o el interés. Por tanto, si no tiene sentido ni se está obligado a recibir a alguien que no se conoce, ¿por qué ha de aceptar y contestar cartas de un extraño, cuando estas son, como ya dijo, indeseadas “visitas por correo” que además debe pagar?

Este aspecto económico, quién paga la carta (vinculado al de la pérdida de tiempo), es cuestión que le preocupa mucho, como se ha visto, dada la fama que tiene de erudito, por la que recibe muchas misivas:

Si la carta trae algo bueno y con regalo, es uso que venga pagado el porte. Y si trae algo de malo, muchísimo de maula y el contexto es una impertinencia, ¿a quién toca pagar el porte? ¿Y quién ha de resarcir el tiempo perdido en leer y responder a esas cartas o maulas? Para mí esa pérdida de tiempo es lo más sensible; y no digo que no siento la pérdida del dinero. Siéntolo, pero no tanto (73).

Su manera de ser, reconoce, es más apropiada para vivir retirado del comercio humano, en un desierto, “sin impertinencias de visitas, memoriales y cartas” (78).

Ya se ve que su reflexión sobre el papel de la carta en la vida de un erudito como él no es del todo positiva. Más bien, su visión de las epístolas tiene que ver con lo superfluo de muchas de ellas. No desprecia su papel como articuladoras de redes de comunicación y sociabilidad y como medio de expresión de los afectos y preocupaciones, pues se sirve de ellas para eso, pero una y otra vez remite a la medida de las

cosas y al abuso con que las usan. En cierto modo, nos encontramos ante uno de los primeros críticos de lo que después se han llamado los medios de comunicación, de la sociedad de la información y de las redes sociales, en las que se degradan esos conceptos al dar cabida a casi todo dentro de los términos comunicación e información.

No reflexiona sobre la necesidad de guardar las cartas ni sobre por qué se guardan. Tiene muchas que “a su tiempo se quemarán” (73), como si fueran un lastre de la personalidad, o como si de las “cartas muertas” que no llegan a su destino se tratara. Sin embargo, las misivas, como la escritura en general, a él le sirvieron para elaborar una imagen de sí mismo y profundizar en su propia personalidad, y a nosotros para conocer cuál era el campo literario y social en el que desarrolló su vida, no sólo de intelectual. Como se ha podido ver, las cartas, igual que las visitas y la conversación, le sitúan en una intersección entre lo público y lo privado que no le es del todo agradable. Se siente incómodo expuesto a la contemplación pública, sea de forma directa en “las funciones literarias” o en la calle, sea por la mediación del texto epistolar, que puede llegar a diferentes destinatarios, pues no siempre es posible controlar los derroteros de la carta y de lo escrito. Precisamente de sus malas experiencias con la publicación se derivó el que no imprimiera más que un libro, en 1732, la ya citada *Demostración crítico- apologética del Teatro Crítico Universal*, que se reeditó cuatro veces a lo largo de su vida.

Le molestaba ser asediado por desconocidos y el acoso de recibir cartas que no esperaba ni deseaba ni le servían; rechazaba la invasión de su intimidad por desconocidos que no guardaban la privacidad de su espacio vital; pero seguramente también, a la vista de sus reflexiones y aunque dijo que no hacía copias de sus propias cartas porque era sincero y escribía como pensaba, le inquietaba que pudieran llegar a receptores indeseados. Además, no tener copias, como dice,

facilitaba el que se pudieran alterar al transcribirlas, pues no había posibilidad de contraste. De ahí tanta cautela, no sólo respecto del robo de su firma e identidad, sino también de aquellos que le solicitan información de forma más o menos solapada, por el uso incontrolado que pudieran hacer de sus palabras. En el fondo, Sarmiento defiende su discurso, su voz y su fama, y procura mantenerse al margen de cualquier manipulación. De forma indirecta, nos enfrenta tanto al problema del receptor y del destinatario de la carta, cuanto al de su circulación y posible desvío; por tanto, ante el del propietario de la carta, de su difusión y el uso que se puede hacer de esa información que, al ser escrita, ya está separada de su autor. Estos “Jardines errantes”, como los llamó Octavio Paz, inventaron a Sarmiento y le pusieron en la encrucijada entre lo privado y lo social, con gran desagrado por su parte.

Su crítica de las formas de sociabilidad lo sitúa en el bando de los antimodernos o de los modernos conservadores (Compagnon), que ejercen su crítica del entorno desde el pesimismo y con sentimientos ambiguos respecto de la sociedad cambiante. Instalado en su mundo interior por fidelidad a lo que considera lo mejor de la tradición, no desdeña revisar sus presupuestos o adoptar de lo moderno lo que considera útil, pero en general mira con reservas todo lo nuevo, sobre todo en tanto que estrategia política de reforma. Diferencia entre su yo y lo exterior desde un punto de vista moral, y las cartas, en tanto que forma moderna de sociabilidad, como las visitas, hacen que se repliegue sobre sus propios espacios interiores, para presentar esos espacios; así como su conducta y sus críticas a esas formas de convivencia, como el modo correcto y virtuoso de vivir, frente a las nuevas dinámicas de trato y relación. Su discurso, como el de Olóriz, muestra, por otro lado, el resquebrajamiento de los valores tradicionales en los que se apoya.

La carta superflua, asimilada a la cháchara superficial

de las tertulias y al arte de agradar en sociedad (en la que se leen cartas), se vuelve, en su lectura de lo moderno, expresión de lo hipócrita, de la mentira y de la disimulación. Todo ello es crítica de ese exceso de “comunicación” y de instancias para la interrelación que, en el fondo, crean inseguridad, pues sacan al individuo que es Sarmiento de su estado y medio conocido para abocarlo cada vez más al creciente comercio del trato social, humano, para el que no posee los instrumentos necesarios. Para él, la comunicación es la búsqueda de la verdad, no un juego verbal e ingenioso para brillar en salones y tertulias, que es lo que se esperaba de los hombres de letras (Álvarez Barrientos 2006: 39-132). Sarmiento era incapaz de satisfacer esa expectativa, amparado, como prefería, en la escogida compañía horaciana de cuatro amigos y cuatro buenos libros, pues él no rechaza la comunicación ni el carteo, sino lo superfluo de su uso y la invasión del espacio privado que producen esas cartas y determinados visitantes. Al fin y a la postre, precisamente en una carta del 24 de junio de 1761, se definía, más que como misántropo, como *misocharlatanís*, calificativo que implica, así mismo, una opinión negativa de muchos aspectos del tiempo nuevo.

*Joaquín Álvarez Barrientos es Investigador Científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, España). Centra su actividad en la historia cultural de los siglos XVIII al XXI. Pronto aparecerá *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas* (Madrid, Abada).

Bibliografía

- Aguilar Piñal Francisco (1993). *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, VII. Madrid: CSIC.
- Álvarez Barrientos, Joaquín (1987). “Correspondencia entre el Padre Martín Sarmiento y José Antonio Armona”, *Revista de Literatura*, 50. 199-219.

- (2006). *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*. Madrid: Castalia.
- Armona y Murga, José Antonio (2012). *Noticias privadas de casa útiles para mis hijos*. eds. Joaquín Álvarez Barrientos, José M^a Imízcoz, y Yolanda Aranburuzavala. Oviedo: Trea.
- Bouvet, Nora Esperanza (2006). *La escritura epistolar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Castillo Gómez, Antonio (2006). *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*. Madrid: Akal.
- Compagnon, Antoine (2007). *Los antimodernos*. Barcelona: Acantilado.
- Guillén, Claudio (1998). “La escritura feliz: literatura y epistolaridad”. En *Múltiples miradas. Ensayo de literatura comparada*. Barcelona: Tusquets.
- Gumbrecht, Hans Ulrich (2005). *Producción de presencia*. México: Universidad Iberoamericana.
- López Peláez, Antolin (1895). *El gran gallego (Fray Martín Sarmiento)*. La Coruña: Andrés Martínez editor.
- Mestre, Antonio (ed.) (1999-2000). *Revista de Historia Moderna*, 18. [Monográfico sobre epistolarios].
- Olóriz, Juan Crisóstomo (1745). *Molestias del trato humano, declarada con reflexiones políticas y morales sobre la sociedad del hombre*. Madrid, Antonio Marín.
- Ordenanza general de Correos, postas, caminos y demás ramos agregados a la Superintendencia general* (1794). Madrid: Imprenta Real.
- Pagés-Rangel, Roxana (1997). *Del dominio público: itinerarios de la carta privada*. Amsterdam: Rodopi.
- Paz, Octavio (2008). *Jardines errantes*. Barcelona: Seix Barral.
- Puy, Francisco (1966). *El pensamiento tradicional en la España del siglo XVIII (1700- 1760)*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Rodríguez de la Flor, Fernando (2008). *Misanthropías. Políticas de la enemistad entre el barroco y la Ilustración española*. Salamanca: Delirio.
- Salinas, Pedro (1991). “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, *El defensor*. Barcelona: Círculo de Lectores. 17-119.

- Sarmiento, Martín (1739). *Demostración crítico-apologética del Teatro crítico universal*, I, Madrid: Viuda de Francisco del Hierro.
- (1775). *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*. Madrid: Joaquín Ibarra.
- (1988). *El porque sí y porque no*. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII/ Université Lumière-Lyon II. Edición de Michel Dubuis, Nicole Rochaix y Joël Saugnieux.
- Simmel, Georg (1977). *Sociología*, I. Madrid: Revista de Occidente.
- Stroud, Barry (1991). *El escepticismo filosófico y su significación*. México: FCE.